

¿Quién es verdaderamente bueno?



La eterna búsqueda de la bondad humana nos lleva de vuelta a los antiguos textos bíblicos, donde se revelan verdades profundas sobre la naturaleza y el destino de la humanidad. En el corazón de estas reflexiones se encuentra la pregunta: ¿Quién es verdaderamente bueno?

La Medida de la Bondad Según las Escrituras

Dentro de la sabiduría bíblica, la bondad se presenta como un reflejo del carácter de Dios. Las **Escrituras** hacen hincapié en que «Dios es bueno» (Salmo 100:5) y que su bondad es inmutable y eterna. En contraste, la bondad humana se muestra como algo que debe ser cultivado y desarrollado, ya que «Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno» (Romanos 3:12).

La Reflexión de Jesús Sobre la Bondad

Cuando un joven rico se acercó a Jesús preguntando cómo obtener la vida eterna, llamándolo «Maestro bueno», Jesús respondió con una pregunta penetrante: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino solo Dios» (Marcos 10:18). Esta respuesta de Cristo resalta que la **bondad verdadera** es un atributo divino, revelando así la distancia entre la bondad humana limitada y la perfecta bondad de Dios.

Las Obras de Bondad en la Vida Cristiana

A pesar de la incapacidad humana para alcanzar la bondad perfecta, las **enseñanzas bíblicas** nos impulsan a perseguir la bondad a través de las obras. Santiago afirma que la fe sin obras está muerta (Santiago 2:26), animando a los creyentes a vivir una fe que se manifieste en actos de bondad, compasión y servicio al prójimo, siguiendo el ejemplo de Cristo.

La Bondad Como Fruto del Espíritu Santo

En la vida del creyente, es el Espíritu Santo quien produce el fruto de la bondad (Gálatas 5:22). El apóstol Pablo destaca que es a través del obrar del Espíritu en nosotros que podemos reflejar la verdadera bondad que va más allá de meros actos morales, y se convierte en una parte integral de nuestro ser, creciendo y madurando conforme nos vamos transformando a la imagen de Cristo.

Entendemos entonces que la bondad genuina proviene de nuestra conexión con Dios y nuestra disposición a ser transformados por su Espíritu. Es un objetivo inalcanzable por esfuerzo humano, pero accesible a través de la gracia divina. Continuamos avanzando en este camino, sabiendo que en cada acto de bondad, en cada gesto de amor, resplandece un rayo de la bondad absoluta de Dios, iluminando un mundo que ansía ver bondad real y tangible.